

Mario Martelli, *Tra filologia e storia. Otto studi machiavelliani*, ed. Francesco Bausi, Salerno, Roma, 2009, 349 páginas.

Miguel SARALEGUI

Pequeñas verdades maquiavelianas: comentario a *Tra filologia e storia**

Quizá haya sido el recientemente desaparecido Mario Martelli (1925-2007) el estudioso de Nicolás Maquiavelo más preciso de los últimos cuarenta años. Su colosal estatura como investigador se traduce, más que en acostumbradas y grandilocuentes sentencias que por fin darían con la escurridiza llave del enigma de Maquiavelo, en una pasión por el detalle erudito y muchas veces esotérico para el investigador no especialista de la cultura literaria del *Quattrocento* italiano. Esta manera minimalista de enfoque - «la filología de lo infinitamente pequeño» en palabras que para otra ocasión utilizó su discípulo, Francesco Bausi - conduce al rechazo de la mayoría de las interpretaciones sobre Maquiavelo, rechazando incluso la posibilidad de una comprensión global de este autor. Hay que tener en cuenta que Maquiavelo es una figura a la que antes de una primera lectura, se le concede - pongamos dos casos de gran presencia en la bibliografía anglófona - el título de fundador del pensamiento político moderno, como Strauss¹ o, «más moderadamente», en prototípico representante de un concepto de libertad - el de la libertad republicana *more Pettit* o el de la libertad negativa con virtudes públicas *more Skinner* - que un exitoso Hobbes habría arrumbado en el cajón de los conceptos inútiles.

Cualquiera de las densas y barrocas páginas de Martelli, sobre todo las de sus últimos escritos² no se caracteriza principalmente por una crítica explícita a esas

* Una versión previa y parcial de este artículo se publicó en *Thémata*, XLIII, 2010. Agradezco los comentarios y críticas de M. Vatter y M. Barbuto. Para desmedro de mi texto, sólo he podido incluir una parte muy pequeña de sus valiosas propuestas.

¹ Aunque la idea de que Maquiavelo es el fundador del pensamiento político moderno, obviamente no la ha defendido solamente un estudioso de interpretaciones históricas tan arriesgadas como Strauss, sino una inmensa mayoría de estudiosos. Este juicio sobre la importancia de Maquiavelo es fácil de encontrar desde las obras más generales a las monografías y artículos más eruditos.

² Alguno de los escritos de Martelli de su primera época de maquiavelista, se introducen más frontalmente en problemas filosóficos. Tal es el caso de “Il buon geometra di questo mondo” en N. Machiavelli, *Tutte le opere*, ed. M. Martelli, Sansoni, Florencia, 1972, y especialmente de la “La logica provvidenzialistica e il capitolo XXVI del *Principe*”, *Interpres*, III, Salerno, 1981-1982 donde, además, de embarcarse en un análisis de un concepto de tan profunda densidad filosófica como el de “providencia”, muestra la posible coherencia de su estudio con el de Sasso (362: «che la necessità di postulare una tesi come la mia potrebbe dedursi non piú che dall’aver letto, e gustato, la sua monografia») a la que, muy polémicamente, renunciará en trabajos posteriores. Hay que tener en cuenta que este mixto deseo se expresa en F. Bausi, *Machiavelli*,

interpretaciones elegantes y grandiosas, sino, sobre todo, por la demostración de la imposibilidad de una aproximación teóricamente aproblemática a la obra del pensador florentino. Y por aproblemática, hay que entender un análisis que presuma una unidad estructural en cualquiera de sus grandes obras o una cultura clásica y filosófica con la que el Secretario dialogaría directamente. Aunque la desatención no ha sido total, se puede afirmar que la cierta desatención que la bibliografía maquiaveliana ha decretado sobre Martelli explica el carácter ensayístico, y muchas veces simplemente delirante, de algunas de las más influyentes y prestigiosas corrientes de estudio del pensador florentino. Puede parecer asombroso, pero todavía hoy la bibliografía anglófona muestra una mayoritaria desatención hacia esta figura.

Los estudios de Mario Martelli sobre Maquiavelo se resumen en cincuenta y cinco referencias³. De esta producción, hay que destacar la labor textual, sobre todo, la reciente edición crítica que llevó a cabo de *El príncipe*, en el marco de la Edizione Nazionale delle Opere di Niccolò Machiavelli⁴. Tanto por criterios estrictamente filológicos como por la riqueza contextual y analítica de todas las notas, esta obra deberá ser referencia para cualquier estudio mínimamente científico⁵. El reciente uso de este texto para la edición bilingüe, aunque lamentablemente sin traducción de las notas, de la prestigiosa Les Belles Lettres (París, 2008) augura un buen futuro para su difusión.

Por otra parte, dentro de los estudios, cabe destacar también la producción de cuatro libros y de una gran cantidad de artículos. Este último libro *Tra filologia e storia. Otto studi machiavelliani*, que comentamos, es una obra póstuma, que recoge ocho artículos, entre los que se pueden encontrar lo mejor de la última producción martelliana. Por la riqueza de estos artículos, esta reseña se limitará a cuatro de ellos, paradójicamente los que quizá pueden considerarse de mayor importancia para la «interpretación filosófica» de Maquiavelo. Este escrito no pretende ser un artículo sobre la bibliografía maquiaveliana reciente (aunque se mencionará a alguno de sus exponentes), sino tan sólo un largo comentario a un gran estudioso, a quien suponemos totalmente desconocido en España

Salerno, Roma, 2005, 378 que cierra con una alabanza piquiana del «productivo» conflicto que ha existido en la bibliografía maquiaveliana: «Come avviene fra gli strumenti di ferro, che l'uno affila l'altro, così è di due sapienti che si aguzzano l'uno con l'altro».

³ Por ejemplo puedes citar N. MARCELLI, "In memoriam: Mario Martelli", *Albertiana*, 10, 2007 & Id., "Bibliografia degli scritti di Mario Martelli (1958-2008)", en *Ibidem*. También F. Bausi ha escrito una nota. "Il testamento spirituale di Mario Martelli", *Lettere italiane*, 59, 2007, (Agradezco esta nota a M. Barbuto). También se encuentra una bibliografía completa al comienzo del libro que se reseña.

⁴ N. MACHIAVELLI, *Il príncipe*, ed. M. Martelli, Edizione Nazionale delle Opere di Niccolò Machiavelli, Salerno Editrice, Roma, 2006.

⁵ Ojalá ocurriera con la edición martelliana del *Príncipe* lo mismo que con el texto crítico de Inglese, que tras haber circulado en un edición cara y de presencia más bien escasa, goza ahora de una edición muy popular, N. MACHIAVELLI, *Il príncipe* (ed. G. Inglese), Einaudi, Torino, 2007.

salvo para algunos especialistas de Maquiavelo en España, pues nunca ha sido traducido, editado o comentado en ninguna de nuestras publicaciones académicas.

«Machiavelli e Firenze dalla Repubblica al Principato» (pp. 35-51) es quizá el artículo reciente de Martelli más conocido, debido en parte a los diversos lugares en los que se ha publicado, sobre todo como introducción a la mencionada edición de *El príncipe*. Se puede considerar, además, como uno de los artículos más importantes, ya que, a pesar de las reticencias de su aproximación más madura, se ofrece una imagen general de la actividad intelectual del florentino. Maquiavelo no aparecería como un político que mantiene una postura teórica a lo largo de todos sus escritos ni siquiera como un pensador cuyos cambios se deban a intereses teóricos, sino como un político que propone diferentes modelos políticos de gobierno según las circunstancias van cambiando. El secretario es un microcosmos, un espejo donde «si respecchia fedelmente la storia di questo processo» (p. 36). Este transformismo político, que como se demuestra es más regla que excepción de todos los actores políticos de esta época «quando considero le innumerovoli metamorfosi di questo lungo periodo» (p. 39), merece la aprobación de Martelli ya que considera que «quel trascolorare fu per lui, anche, tentativo di maturare un pensiero politico» (p. 40). Según Martelli, las transformaciones político-teóricas serían tres (p. 36): una primera republicano-oligárquica que se extendería entre 1498 y 1504, mientras que durante los años soderinianos (1504-1512) así como durante los primeros años de la caída de Soderini (1512-1517) abogaría por el «principado civil» que se transformaría en una actitud más monárquica y revolucionaria respecto de la tradición de pensamiento republicano florentino durante los tiempos en que a Lorenzo, duque de Urbino, se le empieza a mostrar la «ocasión» de dominar principescamente Florencia (1517-1518).

Esta imagen de Maquiavelo resulta muy plausible. Si se acepta que en los escritos hay diferentes posturas y que Maquiavelo no es un todo monárquico o republicano, esta presentación podría servir de obligatorio primer paso para la interpretación de este autor. En caso de no aceptar estas tres etapas, parecería obligatorio un acercamiento al conjunto de las obras como si se tratase de un todo unitario. De este modo, apenas habría posibilidad de conciliar las contradicciones salvo que el intérprete, como es práctica habitual, optase por privilegiar una cita y un escrito entre el conjunto de la producción maquiaveliana. Sin la aceptación de esta aproximación metódica, al investigador sólo le quedaría dos posibilidades o ignorar los problemas o asumir un sin número de ironías, dobles sentidos o parodias. En este último caso, parecería inevitable atribuir doble sentido a cualquier pasaje que fuese incompatible con la decidida interpretación unitaria.

La interpretación de Martelli presenta, sin embargo, dos problemas. En primer lugar, ¿con qué Maquiavelo nos encontraríamos en la cuarta etapa tras la muerte del duque de Urbino? ¿Cuál sería la posición teórico-política del último Maquiavelo, el

«humanista», que escribe un libro como los *Discorsi*, si bien habría que tener en cuenta que en él puede confluír parte de una vieja obra «sulle republiche»? ¿Habría en esta época, por fin, un Maquiavelo más teórico o simplemente más utópico y propiamente «platónico»⁶ como el que se nota en el *Discursus* o en el segundo capítulo, el de la polibiana constitución mixta, del primer libro de *Discorsi*? En segundo lugar, y directamente unido a este problema, ¿no supone la interpretación políticamente especular de Maquiavelo una estabilidad en los conceptos en cada una de estas fases que, de hecho, nunca se da? En definitiva, para ofrecer una imagen especular, hace falta que el Maquiavelo que refleja cada etapa de este proceso florentino sea perfectamente uno, es decir, que exprese con precisión y unidad conceptual cada uno de los tramos de la historia política. ¿Pero es así? ¿No posee Maquiavelo, incluso en su época políticamente más definida, una cierta imprecisión conceptual?

Existe, por otra parte, un problema inmediatamente contiguo, complicación que tanto Martelli como Bausi tanto han contribuido a establecer: la intrincada historia redaccional de las principales obras políticas⁷. El problema no estibaría sólo en que Maquiavelo escribiera sus grandes obras a lo largo de un periodo muy largo sino en que incrustaría en las redacciones primeras modificaciones posteriores sin ninguna preocupación o, simplemente, sin la percepción de que el viejo párrafo modificado y el nuevo añadido carecen de cualquier unidad conceptual. ¿Cómo podría saberse en esos casos en qué época ha sido escrito? Si las obras de Maquiavelo no fuesen más que un reflejo político, sin ningún otro tipo de distorsión, bastaría con reconocer la posición política para establecer el periodo en el que fue escrito. ¿Pero es esto posible? Desde un punto de vista teórico, si el único interés de Maquiavelo fuese el político, el método debería ser válido: cada párrafo, por mucho que resultara incongruente con el inmediatamente anterior y posterior, reflejaría un determinado momento político. Si el método estuviera en lo cierto, por lo menos en los pasajes claramente políticos, se habrían resuelto los problemas de datación. ¿Pero es así?

⁶ Es importante señalar cómo Martelli en esos primeros escritos ya señalados insistió en el carácter «platónico» del método o, más bien, de la forma mental de Maquiavelo. En "Il buon geomètra di questo mondo" afirma, por ejemplo, XXIX: «Non, dunque, dal particolare all'universale, ma dall'universale al particolare. Che è il tratto tipico di ogni platonismo e di ogni neoplatonismo». Lamentablemente, Martelli en sus últimos escritos poco dice de este platonismo y ni siquiera en los primeros se hace referencia al platonismo, posiblemente algo más consciente, de obras como *Discursus*.

⁷ En ningún caso, esta afirmación pretende afirmar que Martelli o Bausi inventaron el problema crítico en torno a la redacción de *Príncipe* o *Discursos*. Este tema posee una larga tradición en los estudios maquiavelianos. O. Tommassini, F. Meinecke y F. Chabod trataron el problema de la fecha de composición del *Príncipe*, mientras que F. Gilbert prestó atención a *Discursos*. También G. Sasso y G. Inglese han mostrado su parecer sobre esta cuestión. No obstante, hay que decir que la redacción larga que Martelli atribuye al *Príncipe* y 'larguísima' que Bausi atribuye a *Discursos* es un aspecto original de su investigación.

Pongamos un ejemplo especialmente ilustre: *Discorsi I 2*. Como es sabido, en este capítulo Maquiavelo evoca con cierta precisión la teoría del gobierno mixto y del ciclo de constituciones, que con algunos problemas expositivos y lógicos (después de hablar de un círculo de seis estaciones, Maquiavelo atribuye a la Atenas de Pisístrato el haber cumplido un proceso de tan sólo dos etapas: monarquía y democracia) no duda en aprobar. ¿A qué periodo de pensamiento pertenecería este escrito? Si carecemos de otros datos externos que permitan establecer una cronología, habría que comprobar en qué época es apropiado defender la teoría del gobierno mixto. ¿A una última etapa – así lo juzga por ejemplo Bausi – en la que Maquiavelo quiere acercarse a los Medici? ¿Por qué utiliza entonces una terminología, la del gobierno mixto, que por su precedencia oligárquica podía sonar sospechosa a la familia Medici, a la que se intenta acercar desde su caída en desgracia en 1512? Ciertamente, este inconveniente no descarta la datación establecida por Bausi. Se presenta el problema de que Maquiavelo no refleja de modo directamente especular la situación histórica en la que se encuentra inmerso. Por supuesto, su ambición principal es política, pero se entremezclan en ellas, si bien muchas veces con muy poca fortuna, objetivos de tipo filosófico-humanista. ¿No puede ocurrir que Maquiavelo utilice una teoría del gobierno mixto porque le suena filosófica, erudita, sofisticada (es el propio Martelli quien más ha insistido en las dificultades de asimilación de la cultura humanista) incluso cuando sus términos no sean los más políticamente atractivos? Si el único motor compositivo de Maquiavelo fuera el interés político, habría que datar - para mí mucho menos plausiblemente que la hipótesis ofrecida por Bausi - el pasaje en una primera época, ya que la teoría del gobierno mixto reflejaría el interés político aristocrático. Se puede decir quizá que el interés político es el primero y quizá el único donde Maquiavelo muestra una cierta competencia. Junto a este, sin embargo, conviven otros intereses más teóricos, quizá sólo postizos, que hacen que el problema de la datación de las obras resulte tan laberíntico.

Otro ejemplo lo suministra la crítica a los Estados Pontificios de *Discursos I 12*. ¿Qué interés político tendría en atacar a una Iglesia, especialmente influyente en una Florencia en la que los Medici posiblemente ya dominaban la Curia romana? Este capítulo no se puede entender sólo desde el interés político directo. Maquiavelo no sólo es un espejo político, es muchos espejos, en el que el político está siempre roto y, por eso, nunca refleja unívocamente la situación política. La interpretación de Maquiavelo como espejo político es válida desde un punto de vista general, pero hay que añadirle dos puntos que la precisen. En primer lugar, Maquiavelo nunca refleja fielmente el momento político por su «movilidad conceptual» y en este sentido se aligera un poco el carácter puramente político de las obras del secretario (nadie tan discontinuamente coherente como el perfecto político). En segundo lugar, habría que añadir al terminológicamente

dubitativo espejo político, otra serie de espejos para detectar el origen y el contenido de la imagen múltiple que encontramos en el espejo.

Posiblemente «Schede sulla cultura di Machiavelli» (pp. 52-98) sea uno de los artículos que más haya molestado a la crítica canónica de Maquiavelo. La imagen de un autor de formación casi exclusivamente literaria-vulgar, que no escribe sus obras frecuentando los clásicos, es algo que ha traspasado los límites de lo correcto. El espíritu de este escrito ha impregnado todo la aproximación martelliana, que ha sido continuado por Bausi en productivos artículos sobre las fuentes de Maquiavelo⁸. La aproximación Martelli-Bausi a la cuestión de las fuentes no ha promovido propiamente una imagen de Maquiavelo como puro iletrado, sino más bien como alguien educado en los límites de la cultura vernácula. *Post res perditas*, la lectura de los clásicos se realiza siempre de una manera autodidacta, que mezcla, en muchos casos, inexactitud y precipitación.

Hay que decir, sin embargo, que estas aportaciones apenas han encontrado eco en los estudios académicos. Tanto la bibliografía inglesa como la italiana siguen produciendo monografías en que se confronta a Maquiavelo con autores canónicos a los que obligatoriamente debía de conocer y, como fundador del pensamiento político moderno, superar. Un reciente trabajo de P. Stacey, publicado en la prestigiosa colección *Ideas in context*, considera que la obra de Maquiavelo nace del diálogo con el *De clementia* senequiano⁹. Por otra parte, en su reciente recopilación de escritos maquiavelianos, G. Inglese sigue mostrando a Maquiavelo como un gran conocedor del pensamiento político y de la historiografía clásica¹⁰.

Se puede analizar el caso paradigmático de la *Política* de Aristóteles, aunque se salga del objeto de «Schede», pero no de este libro, ya que se analiza en el último capítulo (pp. 306-310). Se trata quizá de la fuente de filosofía política más importante y la que más debate ha suscitado. Para la mayoría casi unánime de los intérpretes, aunque por caminos y con usos y niveles muy diversos (G. Sasso, G. Inglese, J.G. Pocock, P. Pasquino), nos encontraríamos ante una indudable fuente maquiaveliana. Y si este caso es especialmente paradigmático, se debe a que el propio Maquiavelo habla directamente sobre el

⁸ Sobre todo, los primeros artículos publicados por F. BAUSI, "Fonti classiche e mediazioni moderne nei *Discorsi* machiavelliani: gli episodi di Scipione, Torquato e Valerio", en *Interpres*, VII, 1987; Id., "Jacopo Nardi, Lorenzo Duca d' Urbino e Machiavelli: l' "occasione" del 1518", en *Interpres*, VII, 1987; Id., "Politica e cultura nel *Commento al "Trionfo della Fama"* di Jacopo Bracciolini", en "Interpres", IX, 1989; Id., "Due note machiavelliane: *Ghiribizzi a Giovan Battista Soderini* e *Decennale*, I, 373 – 75" en *Interpres*, X, 1990. Aunque este ámbito de investigación se continúa hasta reciente. Especialmente importante, Id., "Politica e poesia: ancora sulla cultura di Machiavelli" en *Intersezioni*, III, 2002. Incontables son las referencias que a la cultura maquiaveliana, se encuentran tanto en Id., *Machiavelli*, cit, como especialmente en N. MACHIAVELLI, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, edición de Francesco Bausi, Edizione Nazionale delle Opere di Niccolò Machiavelli, Salerno Editrice, Roma, 2001.

⁹ P. STACEY, *Roman monarchy and the Renaissance prince*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.

¹⁰ G. INGLESE, *Per Machiavelli : l'arte dello stato, la cognizione delle storie*, Carocci, Roma, 2007.

conocimiento de este autor. Al responder a una carta de Vettori el 26 de agosto de 1513, Maquiavelo afirma literalmente que no sabe qué dice Aristóteles de las repúblicas divididas («Né so quello si dica Aristotile delle republiche divulse»). La bibliografía ha tendido a pasar por alto la frase literal y ha «excusado a Maquiavelo» bien por la modestia y el rechazo del adorno erudito (irónicamente, refiere Martelli esta elegancia: «ma se, tacedone il nome, mostra d'ignorarne anche il pensiero, egli non fa che signorilmente dissimularla», p. 110) bien por la imprecisión de la cita de Vettori, que hablaría de una cuestión, la de las repúblicas divididas, que no es fácilmente reconocible en el texto que se conoce de Aristóteles. Puede que la frase no demuestre el total desconocimiento, pero ofrece una duda sobre el conocimiento que Maquiavelo podría tener del pensador griego.

Pero volvamos a «Schede», donde Martelli analiza otras tres atribuciones culturalmente honorables. En primer lugar, se analiza la genealogía de un pasaje de *Discursos* I 56, en el que se habla de los signos celestes que según Giorgio Inglese tiene como fuente el de *De divinatione* ciceroniano, raíz que Martelli insiste en considerar impropcedente. En Florencia, era común la creencia, tras la muerte de Lorenzo el Magnífico, de que los signos celestes podían predecir grandes acontecimientos. Por este motivo, para Martelli, es mucho más probable que el origen de estas frases se sitúe en un contemporáneo, como Luigi Pulci, quien había hablado del «aire denso di spirti», muy cercano al texto de *Discorsi*: «aere pieno d'intelgenze». También una posible referencia oral de una carta de Poliziano le habría hecho modificar la versión de estos acontecimientos, diferencia que se percibe en la diferente narración de *Discorsi* y *Historias fiorentinas*. El pasaje de una fuente a otra, de Pulci a Poliziano, demuestra también un deseo de Maquiavelo de adquirir una cultura humanista, en la que no se formó y nunca dominó, que otorgarían a sus obras de última época una extraña mezcla, muchas veces torpe, de cultura popular y humanista.

En «Schede» también aparece las fuentes de la «clasicista» *Vida de Castruccio Castracani*. La interpretación habitual ha considerado que en este escrito se encontraría una biografía de estilo plutarquiano, que demostraría la maestría maquiaveliana en temas clásicos y humanísticos. Martelli desacredita los cimientos de esta interpretación, que se olvida de la presencia del tema de la fortuna y de biografías ejemplares en escritos de consumo popular, como los *Reales de Francia*, de la que se reproducen detalles idénticos en la minibiografía del condotiero luqués. Quizá el punto más importante sea el darse cuenta de la genealogía más bien casera de uno de los pasajes sobre los que la más atención filosófica se ha dado a la obra de Maquiavelo, como es el tema de la fortuna, tan presente en este escrito como en otros pasajes más renombrados.

La última «scheda» sobre la cultura de Maquiavelo se refiere ya no al carácter popular de las fuentes sino a los problemas lógicos y estructurales a los que se ven

sometidas las obras cuando en el texto original se introducen las aportaciones de una indudable y reciente fuente clásica. El texto deformado en este caso es el capítulo XIX del *Príncipe* y la fuente, la traducción al latín de Poliziano de *Historiae de imperio post Marcum* del historiador griego Herodiano. En este capítulo, se muestra que la argumentación de Maquiavelo procede por establecimiento de reglas generales y agregación de casos, que no confirman esas reglas generales inmediatamente expuestas, con lo que, tras la agregación, la regla general debe modificarse. En un primer momento del capítulo, bastaba un apoyo indistinto de los súbditos, luego del pueblo entendido en su carácter popular, luego en primer lugar de los grandes, luego del ejército, luego dependiendo de la clase social general. Martelli muestra como la introducción de los casos de esta fuente clásica provoca un resultado final lógicamente farragoso si no puramente contradictorio.

Aunque la demostración de la enorme cantidad de problemas lógicos y estructurales que el uso del clásico introduce, hay que señalar que los problemas estructurales de las obras de Maquiavelo no provienen sólo, como a veces parece sugerir el propio Martelli de la condición maquiaveliana: «un po' *parvenu* sociale, un po' *parvenu* della cultura: la quale ultima, agglutinatasi in lui farraginosamente, rinvia alle piú disparate scaturigini» (p. 73).

Sin salir del *Príncipe* XIX, hay muchos problemas lógicos que no deben atribuirse a un mal digerido humanismo, sino simplemente a una total desatención de la estructura del texto, debida sólo parcialmente a que nunca se terminó de revisar. Pongamos un ejemplo en el que el propio Martelli señala el descalabro lógico al que se ve sometida la exposición (p. 86: «che sembra non rendersi conto del fatto che l'esempio addoto smentisce, in realtà, clamorosamente l'assunto stesso»). Maquiavelo dice que un príncipe no debe preocuparse de las conjuras cuando tiene el apoyo del pueblo como se demuestra por el caso de los Bentivoglio en Bolonia, ya que después de que los Canneschi asesinen a Aníbal Bentivoglio (*P* XIX 16: «sendo da' Canneschi (...) amazzato») los propios boloñeses reclaman a un Bentivoglio, a la sazón residente en Florencia, como nuevo gobernante (*Príncipe* XIX 13: «è impossibile che alcuno sia sí temerario che congiuri»). ¡Pero cómo un príncipe no se va a preocupar de una conjura que, como se reconoce, acaba con su vida!

Pero la pregunta se dirige ahora a Martelli, ¿en verdad se deben todos los errores a la falta de dominio de la cultura clásica o a problemas estructurales mucho más profundos, que pueden deberse a una complicada historia redaccional o simplemente a una despreocupación o incapacidad completa por cierto aseo lógico? Me parece que este punto es el único en el que Martelli se encuentra anclado en una imagen tradicional y canónica de la bibliografía maquiaveliana. Martelli acepta la grandeza de Maquiavelo, pero busca unas bases que la justifiquen mejor que las de la bibliografía 'oficial' que, por sus debilidades, no podrían asegurar. Como dice Bausi, en un punto que el propio Martelli

razonablemente suscribiría: «è proprio continuando a riproporre ad oltranza lo stereotipo di un Machiavelli filosofo, umanista e repubblicano che non si rende un buon servizio al Segretario fiorentino»¹¹. Sin embargo, al dar por descontada esa grandeza, no repara en que muchas veces no hay ninguna grandeza, como ocurre en este caso, en el que Maquiavelo comete una imperdonable torpeza lógica sin que todavía se haya metido ningún Herodiano de por medio.

«Machiavelli e Savonarola: valutazione politica e valutazione religiosa» (pp. 239-277) es posiblemente el artículo más «filosófico» o, por lo menos, que más afecta a muchos de los temas clásicos de la interpretación teórica de Maquiavelo: la función política de la religión, la relación entre moral y política y la cuestión del mejor régimen político. El hilo conductor y principal interés del artículo de estos grandes temas es la figura del dominico Jerónimo Savonarola, que con diferentes miradas Maquiavelo examina a lo largo de un larguísimo arco temporal que se inicia con la carta al Becchi del 9 de marzo de 1498. Aunque nuestro análisis se vaya a centrar en estos comentarios laterales de notable importancia para la interpretación filosófica, conviene recordar que el objetivo de este artículo no consiste en aclarar estos temas sino en desmentir una idea común sobre Savonarola. Martelli pretende dejar claro que el juicio maquiaveliano del fraile dominico se construye sobre parámetros exclusivamente políticos. Vayamos a los detalles.

Para Martelli, Maquiavelo ni es un apologeta ni un develador de falsos misterios («credo che negarla [la religión] gl'interessasse tanto quanto affermarla» p. 254) al estilo de Voltaire. La religión le atrae en la medida en que sirve como instrumento para alcanzar el principal fin de los pueblos: el sometimiento a las leyes. La religión no aparece como una mentira que sirva para tener engañado al pueblo, sino como un artefacto técnico, como tal moralmente neutro, que permite la subsistencia civil del pueblo a través de un gobernante que la maneje con destreza, como, en el caso de *Discorsi*, I, 11, hace Numa Pompilio.

Es en este lugar - verdaderamente polémico, pues, con paciente sorna, Martelli considera eternas estas «anacrónicas» lecturas de Maquiavelo - donde ofrece un juicio del quizá más tradicional debate maquiaveliano: el de la relación entre ética y política. Al hablar de que la religión es un legítimo *instrumentum regni* y no un diabólico engaño, Martelli señala que la conservación del Estado a la que ayuda la religión es un auténtico bien moral, pues fuera del Estado, no hay moral, «non c'è possibilità di organizzare una vita veramente umana» (p. 255). Este juicio resulta precioso, incluso tratándose de un comentario marginal respecto de la tesis que se analiza en el artículo. Aun señalando la excepcionalidad de este pronunciamiento, este punto de vista resultaría controvertido con la muy en boga interpretación pluralista de Maquiavelo (vuelta a poner en circulación por

¹¹ F. BAUSI, *Machiavelli*, cit., 28.

Isaiah Berlin en *The Originality of Machiavelli* y que en España ha tenido fortuna en uno de nuestros principales divulgadores, tristemente desaparecido, como Rafael del Águila (1955-2009) así como con cualquier interpretación liberal. Martelli se decantaría por una interpretación politicista, que abogaría por la existencia de una única ética política en el pensamiento de Maquiavelo.

En conexión con esta politicidad de la ética, cabe destacar la idea de Martelli que considera que el objetivo constante de todas las ideaciones políticas de Maquiavelo es “la costruzione di uno stato che assicurasse il rispetto delle leggi e, col rispetto delle leggi, una vita civile» (p. 277). Es este fin último el que provocará el desapego de la república al Maquiavelo «revolucionario», cuando vea que, por las circunstancias políticas que Florencia atraviesa, sólo el principado asegurará este respeto civil.

Este último punto ofrece una nueva imagen de Maquiavelo que puede presentar alguna incongruencia con otras posiciones sostenidas por Martelli. En primer lugar, disimuladamente, este estudioso se decantaría por una cierta lectura inversa del *Príncipe*. Maquiavelo defendería la acción enérgica del *Príncipe* no por el deseo de aconsejar al príncipe o al tirano una manera de perpetuar su poder, sino por que se desea obtener el bien cívico que procede de una sólida y estable comunidad política. . En segundo lugar, y más conflictivamente para la interpretación martelliana, atribuir a Maquiavelo este objetivo constante a lo largo de su vida le obliga a una estabilidad conceptual – todo régimen que Maquiavelo apruebe deberá ser analizado según la consecución de este sometimiento civil – difícilmente rastreable en todas las obras del pensador florentino.

Si no se le ha atribuido el carácter de máximamente filosófico al artículo se debe a que en «I dettagli della filologia» (pp. 278-335), aparte de informar sobre algunos de los episodios más importantes de las últimas generaciones de bibliografía maquiaveliana, ofrece una reflexión sobre el camino que debe desarrollar el investigador en filología y, más ambiciosamente, el buen humanista. Este artículo también se puede considerar una *summa* de la investigación martelliana sobre el pensamiento y la obra de Maquiavelo. Se insiste en muchos aspectos que monográficamente se tratan en otros artículos, como el carácter de autor descuidado que tiene Maquiavelo (pp. 329-334), la claridad y justificación de su filiación medicea (pp. 312-320) y la exagerada atribución de fuentes filosóficas (pp. 306-310). Sin embargo, son las cuestiones metódicas, que podrían constituir una peculiar «ética de la investigación», las más enriquecedoras de este artículo.

Estas reflexiones surgen al explicar los descubrimientos que en torno a los *Ghiribizzi* se produjeron durante la década de los setenta. Informamos brevemente acerca de estos acontecimientos, ya que pueden ser desconocidos para muchos estudiosos del Renacimiento en España. Hasta el descubrimiento de J. J. Marchand, se carecía del autógrafo de *Ghiribizzi*. Se creía que este escrito se dirigía a Piero Soderini poco después

de la caída de la república (septiembre de 1512) para la que Maquiavelo había trabajado. El tema del dominio de la fortuna, cercano, aunque algo más «pesimista» (más valdría el término «determinista»), al capítulo XXV del *Príncipe* parecía confirmar esta cronología. Sin embargo, con el descubrimiento de Marchand y gracias a la labor grafológica de Ghiglieri, a la erudición de Ridolfi y a la nueva edición de las obras de Maquiavelo que el propio Martelli preparaba para Sansoni, provocaron el desplome de la interpretación que se acoplaba a este texto. Ni había sido escrito en 1512, sino en 1506, ni se dirigía a Piero Soderini en Ragusa sino a su sobrino Gian Battista desde Perugia. De este modo, todos aquellos discursos críticos y filosóficos que se construían sobre la conciencia trágica y desesperada del poderío de la fortuna que Maquiavelo había llevado a cabo tras la caída de Soderini dejaban de tener sentido. La carta había sido escrita en 1506, cuando el estado de ánimo de Maquiavelo no podía corresponder al de una persona desconcertadamente abatida a la que sólo queda confirmar teóricamente la catastrófica situación que ha padecido, sino a un político en la cumbre de sus aspiraciones políticas. A pesar de que estos descubrimientos «debían» cambiar completamente la manera de interpretar este texto, tanto Ridolfi como Sasso optaron por mantener la misma lectura, trasladándola a 1506 y cambiar todo lo que rodeaba la nueva situación histórica y biográfica (p. 299: «La scelta del Sasso, proprio come quella del Ridolfi, fu, fatalmente, la seconda»). De esta manera, Sasso y Ridolfi asignan a los *Ghiribizzi* un carácter trágico, incluso cuando los nuevos descubrimientos muestran la debilidad de una interpretación así.

Esta situación lleva a Martelli a establecer una teoría de la interpretación que podría ser calificada como «narcisismo del receptor». Martelli defiende que el estudioso es un narcisista, que a la fuerza refleja en sus estudios la imagen que cree que el objeto, en este caso el autor, estudiado debería tener, que, a su vez, se identifica con la que el estudioso tiene o querría tener de sí mismo. De este modo, Ridolfi nos pinta a un Maquiavelo valeroso por el concepto que el propio Ridolfi tiene de sí mismo. Sasso dibuja a un Maquiavelo teórico, porque él mismo se considera un gran pensador. El propio Martelli no se libra de su crítica narcisista: «proprio questo, forse, mi fa preda di un altro scherzo dell'inconscio: non sarà, forse, che non potendo innalzare me stesso alla grandezza dei personaggi che studio, tenti di abbasare loro alla mia piccola pochezza?» (p. 310). De este modo, se evita, por lo menos irónicamente, una de las aporías de toda interpretación de la sospecha, donde habitualmente los mismos desveladores no se consideran sospechosos. En este caso, el formulador de la teoría de la sospecha también es sospechoso. El valor del principio metodológico establecido por Martelli no sirve para entender *de iure* el proceso de la investigación. Sin embargo, resulta una teoría con un alto valor explicativo, pues *de facto* ayuda a entender muchos problemas creados por el carácter semi-idolátrico de muchos de los actuales estudios de humanidades. Esta investigación no

duda en atribuir continuamente a los autores estudiados ideas actuales o cualidades que hoy en día se consideran buenas incluso cuando se carece de la mínima justificación histórica.

Aparte del problema individualmente narcisista, que quizá resulta excesivamente polémico, hay un punto en el que Martelli resulta iluminador, si bien más *de facto* que *de iure*. El problema no estribaría tanto en que el estudioso se refleje *narcisistamente* en la obra que estudia (esto resulta en cierta medida inevitable), sino que el estudioso se acerque con una opinión preconcebida a la que, por muchas que sean las pruebas que se le opongan, seguirá aferrado. Esto ocurre con Maquiavelo, pero lo mismo se podría decir de todos los autores que han pasado al «canon». El estudioso se dirige a Pico della Mirandola porque nos habla de una dignidad humana libre de cualquier compromiso religioso o normativo; a Descartes porque nos libera de las cadenas medievales de las autoridades teológicas y filosóficas. Se llega por ese camino, prejuicioso, pero muchas veces inevitable incluso necesario, a los objetos de estudio. Demasiadas veces, aun por los estudiosos más aplaudidos, se mantiene, si bien de un modo un poco más ilustrado, en esas primeras concepciones, por mucho que los textos resulten incompatibles con esas presunciones iniciales.

El problema no está tanto en el narcisismo individual, como dice Martelli, sino en el «narcisismo de la época», pues en la mayoría de los casos, sólo se aplauden aquellas interpretaciones de autores y de obras que responden a lo que cada época va buscando en cualquier tiempo pasado, que no es otra cosa que ella misma. Da igual que se demuestre con las armas del especialista que Pico era un cristiano cabal, que tenía una idea normativa de la moral; la época tenderá a aplaudir siempre la interpretación más parecida a sus propios deseos por mucho que el investigador, muchas veces más modesto y desconocido, haya dado contundentes pruebas de la inexactitud de la lectura exitosa.

En este punto, aparece precisamente la ética del investigador. El hacer una buena o mala investigación depende de un problema ético, que, desde el punto de vista del problema tratado, se refiere a la capacidad del investigador de modificar los prejuicios con los que tanto él mismo como la propia época se acerca al objeto de estudio. Si el prejuicio es inevitable para establecer los juicios y las interpretaciones, esto no significa que la interpretación no pueda desarrollarse refinando los prejuicios hasta considerarlos, en algunos casos, completamente inservibles. La ética del investigador se situaría en ese punto preciso, en el que se debe decidir si se aceptan, por incómodas que puedan resultar, las nuevas opiniones o si se continúa perpetuando el prejuicio epocalmente cómodo.

Esta cuestión nos introduce por completo en el otro gran problema de la crítica maquiaveliana: el de la lectura «actualizante». La obra y el autor se interpretan según el canon de la propia época. De esta manera, si consideramos a Maquiavelo como un gran

personaje y el ser republicano, lo propio de los grandes personajes; entonces obligatoriamente Maquiavelo demostrará su republicanismo ante toda tesitura política. Por tanto, en cualquier momento que ese gran hombre demuestre su escasa pasión republicana y su deseosa devoción por los Medici, se considerará que esas manifestaciones resultan sólo interesadas; por tanto, interpretativamente irrelevantes. Por este camino, se llega a poner en duda la autoría maquiaveliana de semejantes afirmaciones. De hecho, Martelli bromea con la posibilidad de que una cierta crítica no dudara en eliminar los documentos que fuesen contra la deseada interpretación canónica: «E meno male, meno male davvero, che la filologia abbia impedito alla critica, resa tanto piú minacciosa per assumere il severissimo cipiglio di Carlo Dionisotti, di scipparlo al nome di Machiavelli» (pp. 317-318).

El problema «ético» estribaría aquí en que leemos las obras según lo que nuestra época considera bueno. Estas anteojeras nos impiden ver que el ser «filomediceo» puede ser una opción política razonable y acertada en un cierto tiempo. Así que la lectura actualizante provoca un doble error. En primer lugar, nos desprecupamos de comprender los criterios – morales, políticos, culturales o económicos – de cualquier otra época diferente, a la que se juzgará obligatoriamente según nuestros criterios, como si fuesen los únicos buenos. Y así se obtiene un Maquiavelo *útil* para nuestro tiempo: un partidario de la libertad negativa, un defensor del comunismo, abogado del fascismo, animador de la revolución a través de los partidos. Esta posibilidad de desarrollar la investigación mantiene un presupuesto moral, altamente dogmático, según el cual se atribuye al tiempo presente el mérito y la capacidad de juzgar cualquier otra época y autor. El criterio de la buena investigación obligaría aquí a defender otro principio: los autores deben ser juzgados por lo menos en primer lugar (si bien luego puede haber apelación) según los criterios de la propia época. Para ponerlo de un modo menos relativista, el buen investigador deberá aceptar que su época no es el único criterio moral de juicio.

Se puede resumir el espíritu del libro y de toda la investigación de Martelli con la siguiente cita: «Piú vo avanzando verso l'età provetta, e piú mi accorgo che l'elegante rotondità delle nitide sintesi è inversamente proporzionale alla conoscenza dei dati. E d'altra parte, sempre piú spesso, tornandomi a mente il Guicciardini di un famoso *ricordo*, là dove, citando Aristotele, approva che *de futuris contingentibus* non sia *determinata veritas*, mi vien fatto di pensare che, *de praeteritis* ancor meno» (p. 201). Aunque pueda parecer una mirada pesimista sobre las capacidades de la investigación, informa solamente de sus límites y de sus dificultades. Para Martelli, la investigación es una labor más socrática que constructiva, ya que consiste, sobre todo en objetos tan gastados y sobados como Maquiavelo, en desbrozar el panorama de una cantidad de ruido bibliográfico, de modas presentes o de tergiversaciones aceptadas desde hace muchos siglos. Quedemos con

poco; que, aunque no resulte redondo, sea verdadero. Puede que se trate de una idea de la investigación más modesta o simplemente menos grandilocuente, pero ¿quién en su sano juicio no se conformará con haber aportado esos gramos de verdad, quizá pequeños nunca irrelevantes, con el que propio Martelli ha iluminado la habitación de los estudios maquiavelianos?

Miguel Saralegui - Universidad de Navarra*

* El autor es becario AE del Departamento de Educación, Universidades e Investigación del Gobierno Vasco-Eusko Jaurlaritza. Para cualquier atención, miguelsaralegui@gmail.com